

## XXIX

## El tiempo de la vendimia

ERA el mes de agosto. El cielo aparecía azul y sin manchas desde hacía días. El sol extendía su hermosa luz y por la mañana corría un aire caliente que cubría el camino de nubes de polvo abrasador, dispersándose entre los cañaverales, los árboles y la *stanitza*. La hierba, como las hojas de los árboles, cubriase de polvo con el que jugaba el viento. Los caminos y veredas estaban intransitables. El caudal del Terek había disminuído, deslizándose el agua en él con gran suavidad para perderse en los barrancos. Los prados próximos á la *stanitza* perdían su frescura, quedando marcada en ellos la huella del ganado.

Los muchachos lanzábanse al agua inundando los aires con el chasquido de sus cuerpos al caer en las acequias y el eco de su voz en las náuticas correrías. La hierba y cañas que adornaban la estepa se habían agostado y el ganado, huyendo de allí, se introducía en las campiñas. Los animales salvajes, ahuyentados por el hambre, refugiábanse en las montañas del otro lado del Terek. Los llanos y hasta la misma *stanitza* hallábanse cubiertos por una nube de mosquitos. Los montes de nevada cabeza envolvían ésta en celajes grises, y el aire hacíase pesado y brumoso. Se susurraba que los abreks, aprovechando el descenso de las aguas del río, lo habían atravesado, situándose en los alrededores de la población.

A la caída del sol el cielo se vestía de púrpura y la atmósfera caldeada impedía la respiración. Era la época de las más rudas labores. Los habitantes de la *stanitza* ocupábanse en la recolección de la sandía y en la vendimia. Sólo se podía estar en los jardines donde las plantas trepadoras que los cubrían proyectaban fresca y agradable sombra. Por todas partes salían de entre las elevadas hojas racimos ennegrecidos de maduro fruto. Los carros cargados de negra uva, chirriaban por el camino que conduce á los jardines, y los racimos que se caían de ellos yacían entre el polvo. Niñas y chicuelos embadurnados de zumo de uvas y con racimos en las manos, seguían corriendo tras sus madres. Sin cesar encontrábase en el camino obreros andrajosos cargadas sus espaldas con canastas de tan exquisito fruto. Las jóvenes, tapadas hasta los ojos con sus pañuelos, guiaban los bueyes uncidos á las carretas cargadas también de racimos. Los soldados pedían uvas á las muchachas y éstas sin parar la lenta marcha del vehículo subían á lo alto arrojando al camino sendos puñados de uvas que los soldados recogían y colocaban en el faldón del caftán. Hasta en algunos lagares se comenzaba á extraer el jugo, llenándose el ambiente del olor acre de las heces. Rejas finas de madera veíanse bajo los aleros, y los trabajadores nogais con las piernas al aire trabajaban en los corrales. Sobre los techos planos de las despensas ostentábanse hermosos racimos encarnados que se secaban al sol. Las urracas y cornejas picoteaban los granos, revoloteando de aquí para allá.

El producto de la labor agrícola se recogía siempre con gran alegría de los habitantes de la *stanitza*; pero mucho más este año que tan buenos y abundantes tributos rendían los campos. Gritos y carcajadas se oían por todas partes bajo las umbrías de los verjeles; entre aquel mar de pámpanos, aparecían sin cesar los colores brillantes de los vestidos de las cosacas.

Era mediodía, cuando Marianka sentada á la sombra de un melocotonero preparaba la comida á su familia, sacándola de una carreta que descansaba á un lado. Frente á ella el corneta, que acababa de llegar de la escuela, sentado sobre una manta extendida en el suelo, lavábase las manos con el agua de un cántaro. Su hermanito, que llegaba corriendo del estanque, enjugábase con las mangas el sudor que caía por su rostro mientras miraba impaciente á su madre ó á su hermana esperando la comida. La anciana Ulitka, con las mangas remangadas sobre sus vigorosos y curtidos brazos, ponía sobre una mesa baja, estilo tártaro, las uvas y el pescado seco, la leche cuajada y el pan. El corneta-maestro secóse las manos, dejó á un lado el sombrero, hizo la señal de la cruz



y se sentó á la mesa. El niño tomó el cántaro y bebió con sed de hidrópico. La madre y la muchacha cruzaron las piernas y sentáronse cerca de la mesa.

El calor era sofocante aún en la sombra, y el aire muy tibio hasta en el jardín. El viento caliente que penetraba á través de las ramas, no traía el menor fresco y solamente inclinaba con monotonía las copas de los perales, melocotoneros y moreras. El corneta rezó por segunda vez y tomando un frasco de vino que tenía detrás, cubierto con hojas de vid, bebió unos tragos y lo depositó después en manos de su esposa. No obstante su categoría, vestía una simple camisa que, por el cuello desabrochado, dejaba ver su robusto pecho cubierto de abundante pelo. Su rostro astuto y malicioso aparecía risueño. Ni en su semblante ni en su manera de hablar se notaba aquella afectación que le caracterizaba; mostrábase natural y contento.

—Esta tarde habréis terminado ya el trabajo?—dijo limpiándose la barba mojada por el vino.

—Espero conseguirlo, si el tiempo nos favorece,—contestó la anciana.—Los Damkin no han vendimiado la mitad todavía, solamente Ustenka trabaja con empeño.

—Ah! no podrán terminarlo,—repuso el corneta.

—Toma, Marianka,—dijo la madre entregando el frasco á la muchacha.—Con todo esto ya tenemos para los gastos de boda, á Dios gracias.

—Para eso aun hay tiempo,—repuso el marido frunciendo el ceño.

Marianka bajó la cabeza.

—Por qué no hemos de hablar de ello?—añadió la madre.—El asunto está decidido y la fecha del matrimonio se aproxima.

—No te apresures,—repuso el viejo.—Ahora hay que trabajar.

—Has visto el nuevo caballo de Lukachka? Aquel que le regaló Dmitri Andreitch ya no lo tiene, lo ha cambiado.

—No; no lo he visto, pero en cambio he hablado con el criado de nuestro huésped,—dijo el marido.—Dice que hoy han recibido otra vez mil rublos.

—Ese hombre es un ricachón,—añadió la mujer.

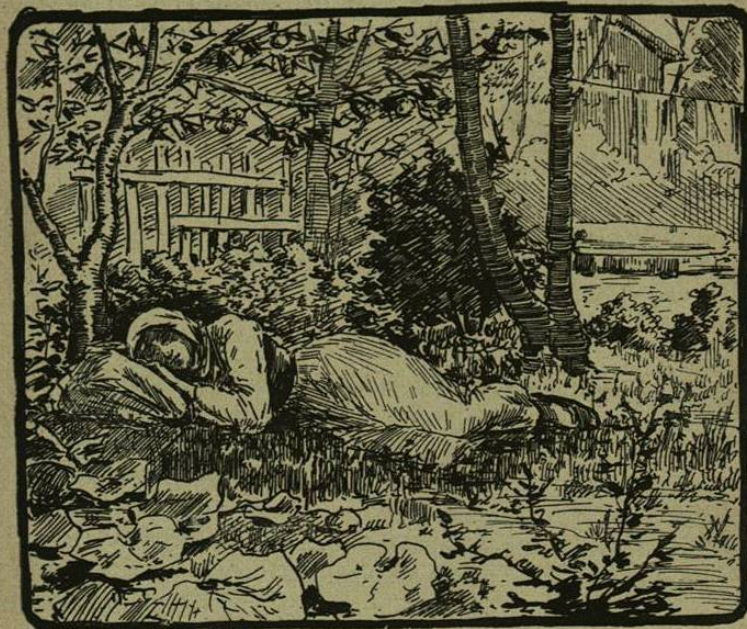
Toda la familia estaba contenta y rebosaba de felicidad.

El trabajo avanzaba y con tanta suerte, que había más uva y de mejor calidad de lo que se habían figurado.

Después de comer, Marianka dió hierba á los bueyes; arrolló su corpiño á manera de almohada y colocándolo en el suelo, se acostó bajo los árboles sobre el césped húmedo y tierno. Llevaba

en la cabeza pañuelo encarnado de seda, y camisa azul muy desteñida. Sofocábala el calor, bajo cuya acción encendíasele el rostro y se velaban sus ojos de sueño y de fatiga, y, entreabiertos sus labios, respiraba fatigosamente.

El periodo de la vendimia, comenzado quince días antes, con su trabajo penoso é incesante, ocupaba todo el tiempo de la muchacha.



Por la mañana, al amanecer, levantábase, lavaba su rostro con agua fresca, envolvíase en un chal y con las piernas desnudas corría al establo. Luego, calzándose á la ligera, cogía el corpiño, envolvía en el pañuelo un trozo de pan y, unciendo los bueyes, marchaba con ellos al campo, donde pasaba el día. Allí no descansaba más de una hora después de cortar las vides y por la tarde volvía á la *stanitza*, conduciendo los bueyes, agujoneándolos fuertemente con la vara, jadeante, de buen humor y sin que en su persona se observase la menor muestra de cansancio. Daba hierba al ganado y tomando algunos granos de girasol que ponía entre las mangas de su camisa, salía á la calle á charlar y reirse



con sus amigas. Después, cuando el sol se había ocultado por completo y ni un destello de su luz iluminaba la tierra, volvía á su casa á cenar con sus padres y su hermanito en la lóbrega cocina, y allí escuchaba indiferente y casi adormecida la conversación con Olenín, sentada sobre la apagada chimenea. Tan pronto como el huésped se marchaba á su casa, entraba ella en su cuarto, se acostaba y dormía en profundo sueño hasta la mañana siguiente. Al otro día la misma existencia. No había vuelto á ver á Lukachka desde el día de sus desposorios y, sin impacientarse, esperaba feliz el día de su boda. Acostumbrada á la presencia de Olenín, no dejaba de sentir satisfacción cuando encontraba sus ojos fijos en ella, adorándola silenciosamente desde lo más íntimo de su sér.

## XXX

## Charloteo de muchachas

A PESAR de no haber sitio bien sombreado donde poderse refugiar del calor que abrasaba la tierra, ni manera de evitar la picazón de los mosquitos que en bandadas corrían por el espacio, animando los campos con su suave quejido, Marianka con la cabeza inclinada, comenzaba á dormirse sin que ni aun los porrazos que le daba su hermano al revolverse fueran capaces de impedir que se entregara en brazos del sueño. Ustenka precipitóse bajo la carreta y se acostó al lado de la joven.

—Durmamos, durmamos!—dijo Ustenka acomodándose junto á ella.

—Espérate,—dijo la otra—no estamos bien así.

É incorporándose cortó dos largas ramas que ató á las ruedas del vehículo y después de tender sobre ellas su corpiño volvióse al muchacho.

—Vete!—le dijo.—Es este el sitio de un cosaco, tan junto á las mozas? Largo de aquí!

Una vez sola con su amiga, Ustenka la estrechó entre sus brazos y comenzó á besarle el cuello y las mejillas.

—Queridito mío! mi adorado bien!—dijo soltando una risotada sonora y penetrante.

—Miren lo que le ha enseñado el *diaduchka!*...—dijo Marianka sin rechazarla.—Pero, déjame ya!



Y las dos se reían tan alto, que la vieja comenzó á gruñir.

—Nos tiene envidia?—insinuó Ustenka en voz baja.

—Pero, qué te ocurre?... Durmamos. A qué has venido?

Ustenka continuaba sus mimos.

—He de contarte muchas cosas!... Ah! si tú supieras!...

Marianka se incorporó y recostándose sobre el codo arregló el pañuelo que se le caía.

—Bueno. Qué tienes que decirme?

—Lo que sé de tu vecino.

—No hay nada que puedas saber...

—Ah, pícarona!—exclamó Ustenka empujándola con el codo y riéndose.—No me querías decir nada!... Y continúa frecuentando tu casa?

—Sí, y qué?—preguntó Marianka mientras el rubor coloreaba su rostro.

—Yo soy francota; confío mis secretos á todos; por qué ocultarlos?—siguió Ustenka, y su rostro encendido tomó una profunda expresión soñadora.—Hago daño á alguien? Le quiero; he aquí todo.

—A quién? Al *diaduchka*?

—Pues... Sí...

—Eso es pecado!—dijo Marianka.

—Cuándo se va á divertir una, si no lo hace ahora que es joven? Después me casaré con un cosaco, tendré hijos... y me haré amiga íntima de la miseria. Cuando te hayas casado con Lukachka no pensarás en distracciones, sino en tus hijos y en el trabajo.

—Sin embargo, hay muchas que viven felices después de casadas. Es lo mismo,—dijo tranquilamente Marianka.

—Pero, cuéntame, á lo menos una vez, qué ha ocurrido entre Lukachka y tú?

—Pues, nada; que ha pedido mi mano. Mi padre le contestó que esperase un año; pero ahora ha renovado su pretensión, y nos casaremos el próximo otoño.

—Pero él, qué te ha dicho?

Marianka sonrió.

—Lo que se dice siempre; que me ama... Siempre me pide que le acompañe al campo.

—Qué pillo! Supongo que tú no habrás ido. Qué buen mozo se ha hecho! Hoy es el primero de los cosacos. Siempre está en la *sotnia*. Estos días ha llegado Kirka y, según nos dijo, Lukachka ha cambiado ya su caballo por otro que es hermosísimo. Pero creo que se aburre soberanamente á causa de tu ausencia. Qué otras cosas te ha dicho?

—Quieres saberlo todo!—dijo Marianka sonriendo.—Una noche se llegó hasta mi ventana montado á caballo; estaba borracho y quería que le dejase entrar.

—Tú no se lo permitiste?

—A buen seguro que no; yo soy firme como una roca y cuando digo una cosa la sostengo,—añadió Marianka con cierta seriedad.

—Qué guapo mozo! No tiene á quien envidiar. Así están por él todas las muchachas!

—Pues, que se vaya con ellas!...—repuso Marianka con enfado.

—Ya no le quieres?

—Sí que le quiero; pero no me gusta que corteje á las demás. Está muy mal lo que hace.

Ustenka dejó caer rápidamente la cabeza sobre el pecho de su amiga y estrechándola entre sus brazos prorrumpió en carcajadas.

—Jesús, qué tonta!—exclamó.—Tú no amas la felicidad.—Y continuó haciendo cosquillas á Marianka.

—Ay! Déjame!—repuso Marianka sonriendo.—Vas á matarme...

«Esos demonios de muchachas no hacen más que reír, sin poder estar tranquilas un momento»—murmuraba la vieja dormitando tras la carreta.

—Rechazas tu suerte,—repetía Ustenka en voz baja é incorporándose.—Y eres feliz! Dios mío! Eres mala, y así y todo hay quien te quiere. Ay! Si estuviera yo en tu lugar, qué gran partido hubiese sacado del huésped. Ya os observé cuando vinisteis á casa; te devoraba con los ojos. Mi *diaduchka* sí que no me ha dado nada! Y el tuyo es de los más ricos! Su criado asegura que tiene siervos.

Marianka se incorporó, quedando en posición pensativa aunque sonriente.

—Sabes lo que me dijo un día nuestro huésped?—repuso mordiendo hierba.—«Quisiera ser el cosaco Lukachka, ó bien tu hermanito». Qué quería decir con esto?

—Nada; dicen lo que de momento se les ocurre,—respondió Ustenka.—Y, qué de cosas no me dice el mío! Cualquiera le creería loco!

Marianka volvió á echarse al suelo y puso una mano sobre los hombros de Ustenka.

—Va á venir hoy á trabajar con nosotras. Mi madre le ha invitado,—dijo tras unos instantes de silencio.

Inmediatamente después quedó dormida.



## XXXI

## Vendimiando

EL peral ya no proyectaba su sombra sobre la carreta y los rayos oblicuos del sol herían el rostro de las dos muchachas aun por entre las ramas que había colocado Ustenka para preservarse del fuego abrasador que lanzaba el astro del día. Marianka, al despertar, arregló su cabellera y mirando á su alrededor percibió tras el peral la figura de Olenín que, en pie y con el fusil á la espalda, charlaba con su padre. Dió un codazo á Ustenka y sonriendo, sin decirle una palabra, le hizo reparar en el joven.

—Ayer anduve mucho y no cacé nada,—decía el alférez, dirigiendo impaciente la vista entorno suyo sin poder ver á Marianka por ocultarla el ramaje.

—Si váis al otro lado del río,—trazando con el brazo extendido un semi-círculo,—encontraréis un jardín abandonado que llaman *El desierto*. Allí hay liebres en abundancia,—dijo el corneta en su elegante estilo.

—Cómo es eso? Cazar liebres en la época del trabajo! Venid á ayudarnos; mejor será que trabajéis con las chicas,—dijo alegremente la vieja.—Vamos, muchachas, arriba!

Marianka y Ustenka cuchicheaban ocultas en la carreta, costándoles gran trabajo retener la risa.

Cuando los viejos se hubieron enterado de que Olenín había

regalado á Lukachka un caballo de cincuenta rublos, mostráronse con él aun más amables, sobre todo el corneta. Este, hasta parecía ver con agrado el interés que demostraba por su hija.

—Pero si no sé trabajar!—decía Olenín esforzándose en no mirar á través de las ramas verdes que cubrían el carro donde estaba Marianka, cuya camisa azul y pañuelo rojo había ya distinguido.

—Venid con nosotros y os daré albaricoques,—dijo la vieja.

—Una tontería de esa mujer; seguir la costumbre hospitalaria de los antiguos cosacos,—objetó el corneta, pretendiendo explicar y corregir las palabras de su mujer.—Me parece que en Rusia os habréis hartado ya no solamente de albaricoques, sino también de confituras y conservas de piña.

—De manera que en aquel verjel abandonado hay liebres en abundancia? Pues, allá me voy,—y dirigiendo una rápida y escudriñadora mirada por entre las ramas, saludó quitándose la gorra y desapareció siguiendo el sendero que formaban las dos hileras regulares del viñedo.

Cuando Olenín volvió á reunirse con la familia de sus patronos, el sol se ocultaba tras las cercas de los huertos y sus rayos brillaban tras las hojas transparentes de las vides; calmábase el viento y un fresco agradable esparcíase por el ambiente. Ya percibió desde lejos, por una especie de intuición, la camisa azul de Marianka que se movía entre las cepas cortando uvas, y se aproximó á ella. El perro marchaba jadeante mordiendo los racimos inclinados á tierra. Marianka cortaba los más grandes, que luego colocaba en la cesta. Sin dejar la rama que tenía en la mano, se detuvo, sonrió afablemente y continuó su trabajo. Olenín se aproximó, se echó el fusil á la espalda á fin de tener libres las manos y quiso decirle: «Dios te guarde! Dónde están los tuyos? Estás sola?» pero, sin decirle una sola palabra, se limitó á quitarse la gorra. Sentíase desconcertado al encontrarse frente á Marianka; mas, por eso mismo, se aproximó á ella todo lo que pudo.

—Vas á matar á alguien con esa carabina?—le dijo la joven.

—No, no temas...

Ambos permanecieron en silencio.

—Por qué no me ayudas?

Olenín sacó su cuchillo y, sin contestar, se puso á cortar uvas. De entre las hojas recogió un hermoso racimo lo menos de tres libras de peso, en el que los granos aparecían estrechamente apretados entre sí, y enseñándoselo á Marianka, dijo:

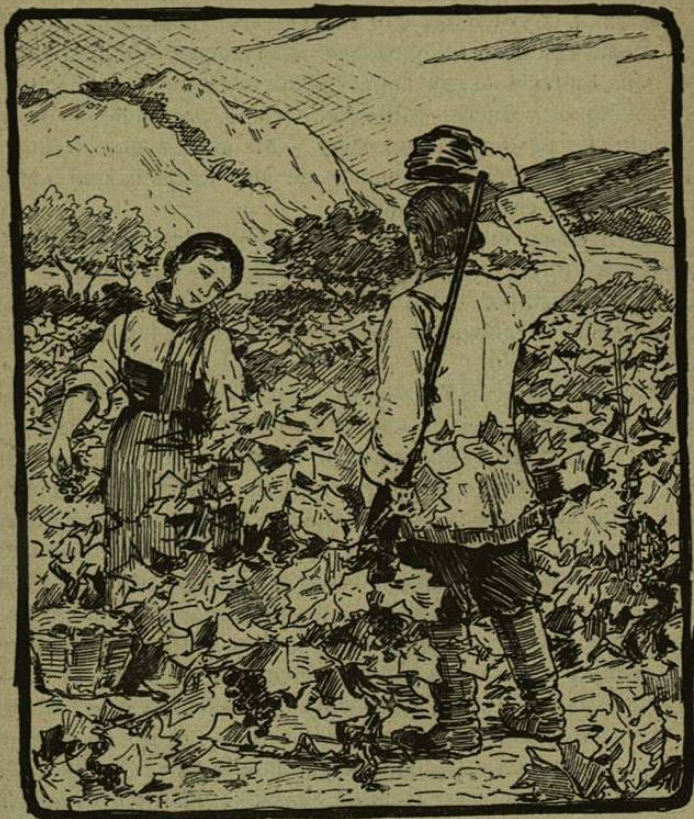
—Hay que cortarlo? Está ya maduro.

—Dámelo.



Sus manos se tocaron, Olenín cogió la de la joven. Ella le contempló sonriendo.

—Te vas á casar pronto? —le preguntó Olenín.



Marianka sin responder le dirigió una seria mirada y volvió el rostro á otra parte.

—Quieres á Lukachka?

—A tí qué te importa?

—Le envidio...

—Sí, eh?

—De verdad, porque, eres tan hermosa!...

Y al punto se avergonzó de sus palabras, tan necias le parecían. Ruborizado y fuera de sí le cogió las manos.

—Hermosa ó fea, no soy para tí. Por qué te burlas? —dijo Marianka, pero sus ojos expresaban lo contrario, demostraban la profunda convicción de que él no se burlaba.

—Cómo burlarme! Si supieras cuánto te...

Sus palabras parecieronle vulgares, en desacuerdo con lo que quería decir, pero no obstante continuó:

—No sé qué no haría yo por tí.

—Déjame, pesado!

Mas sus ojos brillantes, su voluptuoso seno, sus graciosos modales, todo en ella demostraba lo contrario de lo que decía.

Creyó Olenín que á ella le parecía vulgar y desagradable cuanto le hablaba y que por eso la joven pretendía ponerse muy por encima de tales insinuaciones. Y entonces se acordó de que ya debía saber la muchacha, de largo tiempo atrás, cuanto quería y no podía decirle, pero pensando también que ella se obstinaba en ver cómo se lo diría. «Cómo puede ignorarlo! pensaba, puesto que quiero decirle lo que es en sí misma». —«Pero se empeña en no comprender ni contestar», se dijo finalmente.

—A... ú...! —gritó la voz vibrante y aguda de Ustenka con su risa chillona. —Dmitri Andreitch, ven á ayudarme, que estoy sola! —dijo á Olenín mostrando por entre los pámpanos su carita redonda y expresiva.

Olenín no respondió y permaneció inmóvil. Marianka continuó cortando racimos, pero apenas apartaba un punto sus miradas del oficial. Este quiso hablar, pero se quedó mudo, se encogió de hombros y echándose á la espalda su escopeta abandonó el viñedo casi corriendo.



## XXXII

## Las noches de Olenín

POR dos veces se detuvo escuchando la risa sonora de Marianka y de Ustenka, que ya juntas charloteaban en voz alta. Olenín se internó en el bosque, donde pasó el resto de la tarde entregado á la caza. Al llegar la noche se volvió sin haber cobrado una sola pieza; cuando atravesaba el corral vió abierta la puerta de la cocina de los patronos y al pasar por delante de ella percibió dentro una camisa azul. En voz alta, á fin de que se enteraran que había llegado, llamó á Vanucha y tomó asiento en la escalera del portal, su sitio acostumbrado.

Los dueños estaban ya de vuelta del campo. Salieron de la cocina y entraron en la cabaña, sin que le invitasen á reunirse con ellos.

Marianka salió dos veces á la calle, y en una de ellas le pareció ver en medio de la oscuridad que miraba hacia él. Seguía con atención todos los movimientos de la joven, pero sin decidirse á aproximarse á ella. Cuando hubo entrado ella en la casa, abandonó la escalera y miró alrededor del corral, paseándose largo rato; pero Marianka no volvió á salir. Olenín se pasó toda la noche vagando y husmeando por el corral, sin dormir, escuchando con atención el menor ruido que se producía en las habitaciones de los dueños. Les vió cenar, preparar las camas y acostarse. Luego oyó la risa de Marianka, que expresaba la calma más extraordinaria.

El corneta decía algo á su esposa y alguien suspiraba. Entró en su cuarto y Vanucha dormía vestido. Le miró con envidia y nuevamente salió al corral, esperando sin duda que se produjera algún sorprendente acontecimiento. Pero nada aconteció, nada se movía; tan sólo llegaba á su oído la respiración regular de varias personas. Escuchaba con agrado la de Marianka, que él distinguía entre las demás y hasta le parecía oír los fuertes latidos de su corazón.

Todo era calma en la *stanitza*; todo permanecía en silencio. La luna, que perezosamente se iba elevando, iluminaba el horizonte y permitía distinguir más fácilmente al ganado que, acostado en los corrales, daba largos resoplidos y comenzaba alguno á levantarse.

Enfurecido se preguntaba Olenín: «¿Qué he de hacer?» y ya se decidía á ir en busca de su lecho, cuando oyó otra vez un ligero rumor de pasos; en su imaginación dibujóse la figura de Marianka, apareciendo á la luz de la luna; lanzóse hacia la ventana... y se oyó andar de nuevo, pero nada más.

Más tarde se aproximó nuevamente á la ventana, abrió el postigo y se dirigió á la puerta de Marianka, lanzando un gran suspiro... y golpeó ligeramente. Unos pies descalzos aproximáronse con precaución á la puerta; el piso crujía suavemente, los goznes rechinaron, un perfume de plantas aromáticas y olores de hortalizas escapóse por la puerta entornada y Marianka apareció en el umbral. No la vió Olenín más que un segundo, á la claridad de la luna, pues cerró ella vivamente la puerta, murmurando algunas palabras y la sintió alejarse.

Llamó de nuevo sin que nadie respondiera. Acercóse á la ventana y púsose á escuchar... Una voz de hombre estridente y aflautada resonó de súbito junto á él.

—Está bien,—le dijo á boca de jarro un cosaco bajito, con gorro blanco.—Todo lo he visto! Está bien.

Olenín reconoció á Nazarka y quedó silencioso, azorado, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Muy bien! Ahora mismo lo voy á contar todo al jefe de la *stanitza* y al *padre*. Esa es la hija del corneta! Ya tiene bastante con un novio!...

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué necesitas?—exclamó Olenín.

—Nada, nada! Yo lo pondré en conocimiento del jefe de la *stanitza*.

Nazarka hablaba en voz alta con toda intención.

—Mire usted el alférez! Qué astuto!

Olenín temblaba y palidecía.

—Ven aquí! Escucha!



Y cogiéndole bruscamente por el brazo le condujo al interior de la cabaña.

—No hay nada entre los dos; no me ha dejado entrar... Es una joven honrada...

—No son estos momentos para razonar...—dijo Nazarka.

—No importa; te daré... Espera!...

Nazarka calló. Olenín corrió á su cuarto y volvió con diez rublos que entregó al cosaco.

—No hay nada entre ella y yo. Pero, no importa, soy culpable y ahí tienes, te los regalo. Solamente te impongo una condición; que, por Dios, nadie sepa... No ha pasado nada...

—Que seáis muy felices,—dijo Nazarka sonriendo, y se alejó.

Nazarka había ido á la *stanitza* por orden de Lukachka, para preparar un sitio donde poder ocultar un caballo robado, y al pasar por la calle delante de la casa del corneta oyó ruido de pasos y se paró á observar, descubriendo así á Olenín.

Al siguiente día, Olenín reparó que el corneta no se daba por entendido de nada. No dirigió la palabra á Marianka, que se reía á escondidas al verle, y pasó la noche otra vez vagando por el corral. A la siguiente mañana fuese á cazar y por la tarde á casa de Bielesky para defenderse contra sí mismo. Prometiósese no volver más á casa de los patronos y aquella misma noche un sargento fué á despertarle; la compañía tenía orden de marchar á una expedición. Olenín se consideró feliz ante ese pretexto para alejarse y no volver más.

La expedición duró cuatro días. El jefe quiso ver á Olenín, que era algo pariente suyo, y le propuso que permaneciese en la Plana Mayor; pero el joven rehusó. No podía vivir lejos de la *stanitza*, y pidió permiso para volver. Recibió la cruz de soldado, que tanto deseaba un tiempo, y la cual no le pudo sacar ahora de su indiferencia, como tampoco el empleo de teniente para el que iba á ser propuesto. Volvió á partir con Vanucha, precediendo de algunas horas á su compañía. Y se pasó la tarde en el portal contemplando en silencio á Marianka, y la noche toda entera errando por los corrales sin objeto ni idea bien determinados.



### XXXIII

#### La carta de Olenín

OLENÍN se levantó tarde al día siguiente. Sus patronos habían salido ya. No se fué de caza; tan pronto cogía un libro para leer, como salía al portal ó entraba en la cabaña y se recostaba sobre el lecho. Vanucha creyó que su amo estaba enfermo. Antes de la noche se levantó y se puso á escribir hasta hora muy avanzada. Escribió una carta, pero no la quiso enviar, porque comprendió que nadie hubiera adivinado lo que quería decir, aún siendo por demás que alguno la comprendiese, excepto él mismo. He aquí lo que decía:

«Desde Rusia me envían cartas de compasión, temiendo, sin duda, que perezca para siempre al encerrarme en este rincón solitario. Dicen que me tornaré grosero, olvidadizo; que me entregaré á la bebida y terminaré por casarme con alguna cosaca. No en vano citan el dicho del general Ermolov: «Quien pase diez años en el Cáucaso, ó se vuelve borracho ó se casa con una perdida». Eso es horrible! En efecto; es de temer mi perdición cuando podría ser el marido de la condesa B..., chambelán ó jefe de la nobleza. Qué ruines, qué miserables sois todos! No conocéis la felicidad, ni la vida! Hay que haber sentido, al menos una vez para siempre, la vida con todo su encanto; es preciso ver y comprender lo que todos los días presencian mis ojos. Las nieves eternas y las inaccesibles montañas... y, rodeada de esa belleza primitiva, una